

actual Porcuna, en Jaén), palabra formada por *Ip-* (ciudad) y *-olka* (vega), por lo que su traducción correcta es “*Ciudad de la Vega*”.

4º Al observar los topónimos que aparecen en cualquier mapa, se percibe la preferencia que los antiguos siempre han mostrado por el uso de determinadas palabras en perjuicio de otras. Las que presentan mayor frecuencia de uso son las que poseen mayor valor toponímico.

Este aspecto hay que tenerlo en cuenta a la hora de realizar una propuesta más o menos coherente en relación con algún topónimo antiguo del cual no haya quedado ningún testimonio genuino, como es el caso de Osuna.

Después de realizar una búsqueda bastante exhaustiva acerca de las propuestas publicadas en relación a dicho topónimo, debo decir que, sorprendentemente, pueden contarse con los dedos de una mano. Una de ellas ha sido ofrecida por el profesor de Latín y Griego Santiago Pérez Orozco,³ del *Centro de Alto Rendimiento de Sant Cugat del Vallés* (Barcelona). Según él, la palabra prerromana para Osuna está basada en un equivalente del vasco *Urzo/Usso*, que significa “paloma”, más una terminación que consiste en el sufijo *-wo*. Para llegar a esta conclusión toma como punto de partida la lectura que tradicionalmente se ha hecho del topónimo que aparece en una serie de monedas de época cartaginesa encontradas en Itálica, Carteia y Lucena. Algunos autores han sugerido que habrían sido acuñadas en Osuna, pero actualmente se está a la espera de algunas otras evidencias que así lo demuestren.

Considero que en la propuesta que acabamos de ver hay un error de base motivado por una posible lectura equivocada de la sibilante del topónimo. Si se hiciera un estudio más detallado de dicho aspecto, quizás la página del diccionario a la que llegáramos sería diferente. Después de admitir como válida la lectura tradicional, el profesor Pérez Orozco se dirige, quizás dejándose llevar también por la atracción de la que hablábamos antes, a una palabra que es casi idéntica a la latina *Urso*. Sin embargo, el tomar esta opción hace que los siguientes aspectos no queden explicados de manera convincente:

- 1º La palabra “paloma”, tal como he comentado más arriba, tiene el inconveniente de no poseer apenas valor toponímico.
- 2º No queda claro por qué precisamente ese término es adecuado para nombrar una población como Osuna.
- 3º Si los romanos hubieran encontrado a su llegada una palabra tan parecida a *Urso*, seguramente no habrían dudado en usarla desde un principio, en lugar de inclinarse por la forma *Ursao*.

Para poder conocer el nombre ibero de Osuna, tan importante es saber qué camino tomar como qué camino no tomar. En la reflexión que he hecho hasta ahora me he centrado en esto último. He considerado conveniente enfatizar todo lo que tendría que tenerse en cuenta en orden a dar un buen primer paso, pues de eso depende el éxito del segundo. Cuando he hablado acerca de las características que suelen presentar los topónimos, lo he hecho queriendo facilitar las características de ese contexto toponímico dentro del cual debe encontrarse la palabra que buscamos. Si hacemos nuestro este punto de vista, y no el tradicional, entonces posiblemente pierda su importancia en este asunto la palabra *Urso* y nos demos cuenta de que es mucho más correcto dirigir la atención hacia topónimos iberos tales como *Urgau* y *Bursau*, porque, a fin de cuentas, el primer nombre de Osuna fue ibero... ¿o acaso nos habíamos olvidado de ello?



³ PÉREZ OROZCO, S. (2009): “Topónimos hispánicos en grafía púnica”, *Estudios de Lengua y Epigrafía Antiguas*, nº 9, pp. 251-274.

RODRÍGUEZ MARÍN Y SU RELACIÓN CON PERSONAJES DESTACADOS DE SU ÉPOCA¹

Por

JOSÉ MANUEL RAMÍREZ OLID
Catedrático de Historia

Abierto, comunicativo, simpático, de conversación amena y chispeante, Francisco Rodríguez Marín fue el paradigma de la persona fácil para entablar relaciones y, en consecuencia, siempre rodeada de amigos. En esto nada tiene que ver con el erudito sumido en su mundo y aislado de su entorno. Su personalidad atractiva y atrayente le depa-
ró muchísimas amistades desde su infancia hasta después de su muerte, porque sus allegados crearon una asociación denominada “Amigos de Rodríguez Marín”, que ha durado hasta la desaparición de los últimos que tuvieron relaciones personales con él. Esta capacidad para trabar amistades le llevó, cuando estudiaba Derecho en Sevilla, a formar parte de los círculos literarios de la ciudad y relacionarse con lo más destacado de la intelectualidad sevillana: Machado Álvarez, Hazaña y de la Rúa, Luis Montoto, Lasso de la Vega, Mas y Prat, etc.

Con la vocación totalmente definida, la literatura en sus más variados aspectos, desde el creativo hasta la investigación histórica pasando por la recopilación de carácter folklorista, Rodríguez Marín es consciente de su exigua preparación en una Sevilla que no andaba sobrada de maestros que pusieran al día en los aspectos gramaticales, filológicos, etc., a un recién licenciado en Derecho.

La oportunidad llega en la primavera de 1880. El sabio hebraísta Antonio M^a García Blanco fija su residencia en Sevilla, después de haberse jubilado de su cátedra de hebreo de la Universidad de Madrid. Los intelectuales krausistas sevillanos lo acogen con júbilo, especialmente Antonio Machado Álvarez, que le presenta a varios jóvenes con inquietudes entre los que se encuentra Francisco Rodríguez Marín, a quien le une un origen común.

Empieza una sólida amistad con los componentes indispensables para que esta sobreviva: a la reciprocidad de sentimientos, inquietudes, aficiones, se une el interés mutuo. Los dos se interesan, los dos se necesitan. Rodríguez Marín a García Blanco para que ejerza sobre él el magisterio deseado; García Blanco a Rodríguez Marín, porque ve en él al discípulo que nunca había tenido y tanta falta le hacía, para que continuase su obra. Esta reciprocidad de afectos e intereses le llevó a García Blanco a trasladar su residencia a Osuna, una vez que Rodríguez Marín ya la había fijado también. La compenetración maestro-discípulo dura siete años. Después vendrían los agravios, los reproches y la ruptura definitiva.²

Menéndez Pelayo, el maestro bondadoso

Sin embargo, la amistad y su condición de discípulo de García Blanco le servirá para engarzar con el personaje capital de su vida: Marcelino Menéndez y Pelayo. El momento preciso en el que se conocen, lo desconozco, aunque los orígenes están claros. Menéndez Pelayo solía ir todas las primaveras a Sevilla, donde pasaba dos o tres semanas consultando la biblioteca del marqués de Jerez de los Caballeros, y por las noches asistía a la tertulia del duque de T^o Serclaes, de la que

¹ En noviembre de 2005 se celebró en la Escuela Universitaria de Osuna un Congreso sobre la figura de Francisco Rodríguez Marín con motivo del CL aniversario de su nacimiento. Presenté la ponencia que ahora publico en dos partes, porque circunstancias adversas impidieron que las actas se editaran.

² Cfr. RAMÍREZ OLID, J. M.: “De la ilusión al desencanto: los últimos años de hebraísta Antonio M^a García Blanco”. *Homenaje a D. Antonio Domínguez Ortiz*. Universidad de Granada. Universidad de Granada, 2008, t. III, págs. 733-750

era asiduo Rodríguez Marín. Allí se conocieron y a partir de ahí ya se encargaría él de ir colocando los hilos para tejer una sólida amistad.

En efecto, el 28 de septiembre de 1891 Rodríguez Marín escribe desde Osuna, donde entonces residía, una carta a Menéndez Pelayo muy en su estilo, no me refiero al literario o epistolar, sino a la estrategia que desplegaría en otras ocasiones: primero tantear el terreno sin comprometerse mucho hasta comprobar la reacción de su destinatario. Le envía un ejemplar de una obra que acababa de publicar, *Nueva premática del tiempo: fruslería literaria* (Sevilla, 1891). Tanto la obra como la carta van firmadas con el pseudónimo *El Bachiller Francisco de Osuna*; y por eso le pregunta: «¿Quién soy yo? Un bachiller mondo y lirondo, graduado por Osuna mi patria, como Rodrigo Caro, pero también como Pedro Recio de Tirteafuera; un bachiller que bachillerea a ratos perdidos desde este rincón de Andalucía y que sabe de memoria la *Epístola de Horacio*, de vmd. (miento: es oda), hoy que tan pocos horacianos u horacistas quedan aquí donde tantos canovistas y sagastinos sobran».³

De una forma velada le pide que lo acepte como discípulo. Unos días después, D. Marcelino le contesta dirigiéndole una carta con su nombre y apellidos, porque «he creído reconocer a usted a través de su pseudónimo», y le manifiesta el agrado que siente al «entrar en relaciones literarias con el discreto colector de los *Cantos populares españoles* (tan justamente elogiados por mi inolvidable maestro Milá) y de otros trabajos de erudición folklórica y amenidad literaria». Y es ahora cuando aparece el eslabón que con sumo cuidado había engarzado: «Usted, además, fue discípulo y amigo íntimo de don Antonio María García Blanco, y este es un nuevo lazo entre nosotros, añadido a tantos otros y al que últimamente ha creado su exquisita cortesía». La carta termina deseando «que me favorezca usted con sus trabajos literarios futuros».⁴ El primer objetivo se había logrado: «Gratísima me ha sido la lectura de su afectuosa carta del día 12: anhelaba yo entrar en relaciones literarias con usted y lo he logrado. El maestro no ha desdeñado al aprendiz. Muchas, muchísimas gracias por merced tan apreciable, de la cual confieso sinceramente que no soy digno».⁵

Hombre espabilado donde los haya, procuró que la amistad con Menéndez Pelayo no quedara solamente en el simple magisterio, sino que le sirviera para entablar relaciones con personas de alto rango nacional. Ahora, intenta entrar en contacto con Cánovas del Castillo. ¡Quién lo diría del periodista republicano de los años ochenta azote de los conservadores! Le manda un ejemplar de su obra *Nueva premática del tiempo*, (la misma con la que inició la relación con Menéndez Pelayo) con el duque de T'Serclaes. Probablemente no tuvo ninguna contestación, y lo intenta de nuevo con Menéndez Pelayo, a quien le envía un libro de sonetos, para que se lo entregue personalmente a Cánovas.⁶

La amistad con Menéndez Pelayo se consolida, pero la estrategia sigue. El paso siguiente es vincular su nombre al del maestro santanderino. El 17 de enero de 1895 le escribe desde Osuna diciéndole que pronto publicará *Ciento y un sonetos*, pero «ya que ni usted puede malgastar su tiempo en escribir para mis sonetos un prólogo, ni el libro lo merece, quiero yo obtener el señaladísimo favor de que el primer crítico de España me diga en una carta que no pase de un plieguecillo lo que opina acerca de ello. Esa carta, autografiada, irá por vía de prólogo».⁷

Finalmente, el vínculo que los mantendrá unidos en un proyecto común, llega cuando tras el fallecimiento de Aureliano Fernández Guerra,⁸ que preparaba una edición de la

obra poética de Quevedo, Menéndez Pelayo, que había tenido acceso a todo el material recopilado, alcanza un acuerdo con el sobrino para hacerse cargo él de la edición de las obras completas de Quevedo. Pensó D. Marcelino que esta obra fuera publicada por la Sociedad de Bibliófilos de Sevilla, y pidió colaboración para esta empresa a un Rodríguez Marín que le responde: «Admiro y venero a Quevedo más que a cuantos escritores excelentes produjo nuestro siglo de oro; más quizás que a Cervantes, y guárdeme usted el secreto, si le parece que me compromete».⁹ Este proyecto no lo vio terminado don Marcelino debido a problemas con el impresor unas veces, a falta de papel otras, todo ello motivado por la escasez de medios económicos, que imposibilitó la edición completa. Cuando murió Menéndez Pelayo estaba a punto de salir el cuarto volumen.

A la vez que fragua la amistad, en 1895 Rodríguez Marín llamaba a Menéndez Pelayo «maestro queridísimo» y por su parte el erudito santanderino se despedía en sus cartas como «suyo buen amigo que de todo corazón le estima» o «suyo de todo corazón». El maestro va dando a conocer a su discípulo en los círculos literarios y académicos de Madrid, mientras le gestiona el nombramiento de académico correspondiente de la Real Academia Española junto con el P. Miguel Mir. D. Marcelino le cuenta cómo se desarrolló el proceso:

«En la sesión del jueves pasado fue propuesto usted para académico correspondiente de la Española. Firmamos la propuesta Fabié, Pereda y yo. El P. Mir está en Mallorca y por eso no pudo firmar. Fabié a título de sevillano, manifestó grande empeño en que su firma apareciese, y hubo de darle gusto, cediendo de su derecho don Juan Valera, que también quería hacerlo, y que para mí, y supongo que para usted, había sido firma más grata.

»Por lo demás, no recuerdo ninguna elección académica en que haya habido tal unanimidad de pareceres. Núñez de Arce y otros querían firmar la propuesta, y sólo porque el reglamento limita a tres el número de los académicos que proponen, dejaron de hacerlo.

»Pereda me encarga que diga a usted que le tiene reservada, como recuerdo, la medalla que usó como correspondiente».¹⁰

Otra amistad propiciada por Menéndez Pelayo. En efecto, en mayo del año anterior José María de Pereda estuvo en Sevilla, adonde llegó con el encargo de Menéndez Pelayo de que visitara a Rodríguez Marín, como manifiesta este: «Aquí tenemos al señor Pereda desde hace unos días. Muchas gracias por la visita que le encargó usted para mí. Esta tarde comeremos con él seis u ocho amigos. Es persona de apreciableísimo trato. Encantados nos tiene».¹¹

Al finalizar 1897 Rodríguez Marín tiene terminada su biografía de Luis Barahona de Soto. Desde Santander Menéndez Pelayo le escribe: «Antes de salir de Madrid acabé la sabrosa lectura de la biografía de Barahona de Soto. Es, a mi juicio, obra magistral, y esto mismo opina el P. Mir, que la leyó antes que yo».¹² En mayo del siguiente año esta obra fue premiada por unanimidad por la Real Academia Española. Años más tarde aparecía al público con la siguiente dedicatoria: «A D. Marcelino Menéndez y Pelayo insuperable adalid de la santa cultura española dedica este libro en testimonio de veneración y agradecimiento su discípulo menos aprovechado, pero su amigo más cariñoso. Francisco Rodríguez Marín. Sevilla, 1903».

Hay algo en esta etapa sevillana que llama sobremanera la atención: su participación en la política local. El 3 de octubre de 1897, tras el asesinato de Cánovas del Castillo y el cortísimo gobierno de Azcárraga, la reina regente le encarga la formación de gobierno a Sagasta. La consiguiente renovación de los ayuntamientos lleva a Rodríguez Marín a formar parte del cabildo sevillano en las filas del Partido Liberal. No debiera sorprender en una persona de gran actividad y que,

³ *Epistolario de Menéndez Pelayo y Rodríguez Marín (1891-1912)*. Madrid, C. Bermejo, impresor, 1935, carta 1, 28, septiembre, 1891, pág. 1.

⁴ *Epistolario...*, carta 2, 12, octubre, 1891, pág. 2.

⁵ *Epistolario...*, carta 3, 23, octubre, 1891, pág. 3.

⁶ *Epistolario...*, carta 8, 4, mayo, 1893, pág. 9.

⁷ *Epistolario...*, carta 13, 17, enero, 1895, pág. 18.

⁸ MIRANDA VALDÉS, Javier: *Aureliano Fernández-Guerra y Orbe (1816-1894): un romántico, escritor y anticuario*. Madrid, 2005.

⁹ *Epistolario...*, carta 17, Osuna, 2, marzo, 1895, pág. 23.

¹⁰ *Epistolario...*, carta 67, 28, febrero, 1897, pág. 84.

¹¹ *Epistolario...*, carta 36, 15, mayo, 1896, pág. 32.

¹² *Epistolario...*, carta 95, 25, diciembre, 1897, pág. 109.

aunque no quisiera reconocerlo, la política no le había sido indiferente, al menos como acerbo crítico desde las columnas de los periódicos. Pero el tiempo se encargará de desvelar que la política no le interesa para hacer carrera, sino como trampolín que lo instale en Madrid, con una colocación fija que le permita dejar el bufete y dedicarse a la literatura y a la investigación. Dos cosas le empujan a ello. El bufete no da para mantener con desahogo a su familia, como evidencia en una carta a Menéndez Pelayo en la que le dice que le ha escrito al P. Mir, a Juan Valera y ahora lo hace a él «con mayor confianza, por la agradable y bondadosa llaneza de su trato, ruego que, si fuese posible, no se demore por mucho tiempo la resolución de la Academia acerca del concurso de premios pendientes. Mucho apetezco la honra consiguiente a ese galardón, si me fueren propicios los hados; pero no menos el provecho anejo a ella: *que también de pan vive el hombre*».¹³ La otra es su pasión por la investigación literaria.

Son estos unos años en los que irá haciendo amistades que le faciliten su proyecto. A principios de 1901 está pensando trasladar su residencia a Madrid, como le expone a Menéndez Pelayo: «yo pienso ir a Madrid a mediados o a fines de mayo a procurarme ahí un agujero en donde pueda vivir modestamente, o a convencerme de que nací para Osuna, como en Osuna; ya que en Sevilla lo literato mata a lo abogado, y más bien pellizco mis poquillos bienes que los aumento».¹⁴

Poco después se sincera con su maestro y le desvela sus intenciones: «Iré a Madrid a fines de Mayo o principios de Junio; ya que el marqués de Jerez me hizo político, veré de obtener de *mis correligionarios* algo donde empiece a redimirme de la toga, y si no lo hago (que lo temo, pues estoy poco ensayado en el arte de pedir), tendré que dejar las letras, que será como dejar la vida. A no tener mujer e hijos, no serían las letras lo que yo dejase».¹⁵ Porque Rodríguez Marín responde al arquetipo del erudito del siglo XIX: abogado ganado por la literatura, que tiene la profesión como medio de vida, pero su pasión está en otra parte, en su caso, en los archivos.

Con el inicio del nuevo siglo empieza a resentirse la salud de D. Francisco. El bufete, o como él dice «los trabajos no literarios se me llevan lo más y mejor del tiempo», más las ocho o nueve horas diarias dedicadas a escribir la biografía de Espinosa le obligó a recortar las horas de sueño hasta llegar a casi perderlo. Menéndez Pelayo le aconseja: «Andese usted con cuidado, evitando, sobre todo, los insomnios, contra los cuales la mejor receta es evitar cuanto pueda el trabajo nocturno. Yo lo he hecho siempre así, y a ello atribuyo el conservar bien la vista y no tener dolores de cabeza».¹⁶ Y es que una de las cosas que llama la atención de Rodríguez Marín es la enorme capacidad de trabajo de un hombre que todo se lo hacía él mismo, como confesó en 1942 a la revista *Mástil*: «Ni como literato ni como abogado he dictado nunca nada. Todo me lo escribo yo. Hasta hago mis paquetes para el correo».¹⁷

La amistad, basada en el respeto, la admiración y la lealtad del discípulo hacia el maestro, y en la generosidad del maestro hacia el discípulo, se consolida y se engrandece. Para Rodríguez Marín el galardón que más estima «de cuantos pudieran estar a su alcance «es la amistad de usted»».¹⁸ Por su parte, Menéndez Pelayo le confirma que al margen de la estimación que le tiene como escritor, «guardo en lo más hondo de mi corazón un aprecio entrañable a la bondad y rectitud moral del hombre, tan rara en los tiempos que alcanzamos».¹⁹

El 27 de febrero de 1903 Rodríguez Marín le habla por primera vez a Menéndez Pelayo de su enfermedad: «He andado

y ando muy endeble de salud y muy desalentado y tristón, que es lo que más siento».²⁰ Todavía no le habían detectado el cáncer de laringe, pero da la impresión que lo presiente. Y cuando sus miedos se hagan realidad y tenga que cerrar el bufete, y sus compañeros del foro, a excepción de Manuel Rojas Marcos que, desinteresadamente se hizo cargo de los asuntos pendientes, «se quedaron amnésicos y afásicos luego que me vieron afónico».²¹ le escribe a don Marcelino: «En usted más que en todos confío y de usted más que de todos espero; que no es usted de los que vuelven la espalda al caído, sino el amistoso pecho y los generosos brazos para levantarle».²² No se equivocaba. En estos años tan amargos, Menéndez Pelayo será su paño de lágrimas, su soporte moral y su incansable valedor en busca de un trabajo para su amigo: «Téngame usted al corriente de todo y dígame si le he de escribir a alguna otra persona cuya intervención pueda ser útil y eficaz».²³ Ya le había escrito pidiendo trabajo o intercesión para su discípulo a Moret, Ortega y Munilla, Ramón y Cajal, etc.

Decidido a trasladar su residencia a Madrid, porque en Sevilla no tenía nada que hacer, Menéndez Pelayo presenta su candidatura junto con el P. Mir y Cotarelo al sillón vacante en la Real Academia Española tras el fallecimiento de Raimundo Fernández Villaverde. Pensaba el erudito santanderino que siendo académico sería más fácil encontrar trabajo para él, a la vez que sus posibilidades para escribir en la prensa diaria y en las revistas aumentarían. El 30 de noviembre de 1905 D. Francisco recibía el siguiente telegrama en su casa de Sevilla: «Elegido académico esta noche. Mil parabienes. Menéndez Pelayo».²⁴ Unos días después D. Marcelino le comenta: «La elección de usted, una de las más justificadas que la Academia ha hecho de muchos años acá, ha sido recibida con unánime aplauso aun por los más desafectos a aquella Corporación».²⁵ Y Mariano de Cavia escribía en *El Imparcial*: «La Academia Española le ha llamado a sí, y cuando a ella llegue “El Bachiller Francisco de Osuna”, en junta pública y solemne, será bien que, en lugar de nuestro contemporáneo traje de etiqueta, lleve su señoría calzas, trusas, jubón, ferreruelo y gola a la usanza del tiempo que tan a maravilla conoce y pinta este peregrino heredero de aquellos ingenios».²⁶

El 3 de julio de 1907 Rodríguez Marín llega a Madrid para fijar su residencia. Madrid no le gusta, como ya le manifestó a su maestro: «Por la falsedad del trato aborrezco a Madrid, en donde, como decía el discreto aldeano del cuento, no hay más que dos cosas: mentiras y escaleras».²⁷ Pero Menéndez Pelayo tampoco siente la menor simpatía por la capital de España: «Celebro que esté usted ya definitivamente en Madrid –le escribe desde Santander– aunque me hago cargo de lo muy difícil que ha de serle acostumbrarse a la vida cara, incómoda y fastidiosa de Madrid. Yo, por mal de mis pecados, llevo treinta años de residencia ahí y siempre me he considerado como forastero. Todo me disgusta: el clima y la gente. O Madrid no ha entrado en mí, o yo no he entrado en Madrid, o serán las dos cosas a un tiempo».²⁸ Y años más tarde, también desde Santander volvería a opinar negativamente de Madrid: «Afortunadamente, disfruto de cabal salud y estoy pasando una temporada deliciosa, libre de los horribles fríos y de las todavía más horribles chinchorrerías de ese empecatado Madrid».²⁹

Un mes antes de pronunciar el discurso de ingreso en la Real Academia Española, le escribe a Menéndez Pelayo: «Yo estoy y estaré siempre, mientras me quede aliento, ufanísimo

¹³ *Epistolario...*, carta, 99, 13, marzo, 1898, pág. 117.

¹⁴ *Epistolario...*, carta 157, 27, febrero, 1901, pág. 181.

¹⁵ *Epistolario...*, carta, 161, 7, mayo, 1901, pág. 186.

¹⁶ *Epistolario...*, carta 170, 12, diciembre, 1901, pág. 199.

¹⁷ Cit. en RAYEGO GUTIÉRREZ, Joaquín: *Vida y personalidad de D. Francisco Rodríguez Marín “Bachiller de Osuna”* Sevilla, Diputación Provincial, 2002, pág. 251.

¹⁸ *Epistolario...*, carta 169, 19, noviembre, 1901, pág. 197.

¹⁹ *Epistolario...*, carta 208, 28, diciembre, 1903, pág. 247.

²⁰ *Epistolario...*, carta 195, 27, febrero, 1903, pág. 231.

²¹ *Epistolario...*, nota a la carta 225, 30, noviembre, 1904, pág. .

²² *Epistolario...*, carta 222, 2, octubre, 1904, pág. 262.

²³ *Epistolario...*, carta 245, 15, julio, 1906, pág. 293.

²⁴ *Epistolario...*, 30, noviembre, 1905, pág. 288.

²⁵ *Epistolario...*, carta 242, 11, diciembre, 1905, pág. 290.

²⁶ *El Imparcial*, 9, diciembre, 1905.

²⁷ *Epistolario...*, carta 246, 20, noviembre, 1906, pág. 283.

²⁸ *Epistolario...*, carta 262, 29, julio, 1907, pág. 315.

²⁹ *Epistolario...*, carta 281, 21, enero, 1911, pág. 335.

de que en este acto próximo, el más importante de mi vida literaria, me reciba en la Academia con un discurso muy cariñoso, como de bondadosísimo maestro y de amigo de veras, quien me puso en camino de llegar allí con su incomparable enseñanza, quien ha guiado mis pasos y alumbrado mi camino y quien ya, teniéndome a las puertas de dicha Academia, me asió de la mano desde dentro y ha tirado de mí hasta hacerme entrar. ¡Vida me quede para agradecerlo a usted mucho tiempo; que, gracias a Dios, corazón que lo agradezca no me falta!».³⁰

El paso de los años, las dificultades y el decidido apoyo de Menéndez Pelayo consolidan una amistad de la que pública y privadamente hará gala el sabio santanderino. En efecto, en el discurso de contestación al de ingreso en la Real Academia Española, dice: «No vengo hoy a cumplir una fórmula reglamentaria, sino a testificar pública y solemnemente la admiración y el cariño que siento por los escritos y la persona de don Francisco Rodríguez Marín, uno de los más excelentes escritores y de los espíritus más sanos, honrados y generosos que me han hecho apacible el camino de la vida».³¹ Años después escribe: «... su leal y constante amistad, que considero como una de las más preciosas adquisiciones de mi vida».³² En una de sus últimas cartas se dirige a él como «mi muy querido amigo y compañero».³³ Y en la dedicatoria del I tomo de sus obras completas le escribe: «A D. Francisco Rodríguez Marín, el lector que más le admira y el amigo que más le quiere. M. Menéndez y Pelayo. 1911». Este sentimiento es recíproco. En la última carta que le escribe Rodríguez Marín a su maestro, cuando ya estaba en las puertas de la muerte, le dice: «... usted sabe de sobra que yo soy uno de los amigos que le quieren mucho: quizás, y sin quizás, el que más le quiere. En las ocasiones se ha visto».³⁴

En efecto, en el verano de 1910, recién nombrado ministro de Instrucción Pública Julio Burell Cuéllar, hizo una visita sorpresa a la Biblioteca Nacional, que desataría una campaña en los periódicos madrileños en contra de Menéndez Pelayo. Lamenta el director el silencio de la prensa conservadora y sospecha que detrás de ese revuelo hay más de uno que ambiciona su puesto y por ello «ha tejido toda esta maraña de embustes y desatinos». Desde Santander, donde le sorprendió el asunto, le escribe a su discípulo para que salga en su defensa, ya que él “por consideraciones de disciplina” no puede acudir a defenderse en los periódicos, ni tampoco los demás empleados. Rodríguez Marín escribió tres artículos en *ABC* con el título de “La Biblioteca Nacional”, pero, como confesó el propio D. Francisco «fue voz sin eco la mía: discípulos tenía D. Marcelino que afectaban quererle mucho; pero ni uno de ellos salió en su defensa».³⁵ Sin embargo, fue suficiente, como reconoció el erudito santanderino al agradecerle su decidida defensa: «Los contrarios han apagado los fuegos, a lo menos por ahora, y me parece que se le ha frustrado el plan».³⁶

El 20 de mayo de 1912 fallecía en Santander Marcelino Menéndez Pelayo. Ese mismo día, Rodríguez Marín envía un telegrama dando el pésame a su hermano Enrique en el que dice: «Pierdo al perderle el más cariñoso de los amigos y el más sabio y bondadoso de los maestros».³⁷

La muerte de Menéndez Pelayo propiciará un mayor acercamiento de Rodríguez Marín a Antonio Maura, que a partir de ahora desempeñará un papel semejante en cuanto a protección, ayuda y consejo al de don Marcelino.

Antonio Maura, la protección generosa

La amistad con Maura, como con tantos otros, viene vía Menéndez Pelayo cuyas relaciones con el político mallorquín fueron inmejorables. La primera carta, al menos la primera que se conserva en el Fondo Documental Antonio Maura y Montaner, la escribe D. Francisco desde Sevilla el 9 de octubre de 1905 para pedirle su voto con Menéndez Pelayo de soporte: «Domiciliado ya en Madrid, adonde pronto trasladaré mi casa, algunos de los amigos que tengo en la Academia Española, y entre ellos, el Sr. Menéndez y Pelayo, están conforme en proponerme para la vacante del Sr. Villaverde...». El 7 de diciembre vuelve a escribirle también desde Sevilla para darle las gracias por la felicitación al haber sido elegido académico. En esta carta apunta algo que estaba en su pensamiento, pues no cabe la menor duda que Menéndez Pelayo en quien confiaba plenamente para que colocara a Rodríguez Marín era en Maura, pero ahora no estaba en el poder. No obstante se perfila ya como su posible gran valedor, por eso le anticipa: «... de agradecer sé yo hartito más que de escribir». Ni exageraba ni engañaba. Como demostraría con el paso del tiempo supo agradecer como nadie lo que por él hicieron.

El 25 de enero de 1907 el Rey confía a Maura la formación de Gobierno. Al día siguiente le escribe a Maura pidiéndole ayuda. Al no tener contestación, el 4 de marzo le dice que urge trasladar su domicilio a Madrid y necesitaba para ello un empleo para atender a las necesidades de su familia: «ruego a V. con mucho encarecimiento que vea qué se podrá hacer de mí, ya que tuve la desgracia de inutilizarme para el ejercicio de la abogacía». A partir de ahí la protección dispensada no tendrá ningún resquicio.

De momento le encargó la formación de un Catálogo Monumental y Artístico de la provincia de Madrid y al año siguiente el de Segovia, mientras intenta encontrarle un trabajo estable, de por vida, al margen de los cambios políticos y de las consiguientes cesantías; precisamente por ello, debería estar dentro de la más estricta legalidad. Y ahí residía la dificultad para dar con ese trabajo, acorde con su categoría intelectual y bien remunerado: Inspector de los Archivos de Protocolos, cargo ideado por Menéndez Pelayo por ser Rodríguez Marín pionero en la investigación de estos archivos; catedrático de universidad; director del Teatro Español, etc. Empleos que por uno u otro motivo no cuajaron. Maura, lo nombra Consejero de Instrucción Pública que le aportaba un sueldo fijo, lo designa para presidir tribunales de oposiciones a cátedras y compra sus libros para distribuirlos por los ministerios y así ayudarle también. En julio de 1908 Rodríguez Marín escribía a Maura: «Es amargo haber venido a estado como este a que me trajo mi desdicha; pero sin él yo no habría podido experimentar, después de muchas tristezas y decepciones a qué sabe una protección tan generosa y franca como la que usted, sin otro merecimiento mío que mi necesidad ha tenido a bien otorgarme».³⁸

La inesperada caída de Maura en 1909 dio al traste con todos los proyectos y D. Francisco quedó a expensas del sueldo de consejero y de los artículos que publicaba en periódicos y revistas. La oportunidad llegará tres años después, donde se pondrá de manifiesto la sincera amistad de Menéndez Pelayo y la enorme generosidad de Antonio Maura.



³⁰ *Epistolario...*, carta 263, 14, septiembre, 1907, pág. 317

³¹ MENÉNEZ PELAYO, M.: “Discurso de contestación al de recepción del Señor Rodríguez Marín en la Real Academia Española”. *Crítica Literaria*, vol. V, pág. 38

³² *Epistolario...*, carta 279, 12, agosto, 1910, pág. 332.

³³ *Epistolario...*, carta 280, 21, enero, 1911, pág. 335.

³⁴ *Epistolario...*, carta 283, 7, mayo, 1912, pág. 338.

³⁵ *Epistolario...*, carta 279, Santander, 12, agosto, 1910, págs. 333-334.

³⁶ *Epistolario...*, carta 280, Santander, 3, octubre, 1910, pág. 335.

³⁷ *Epistolario...*, pág. 339.

³⁸ 6 julio 1908.